



Grecia Viridiana Avín Hernández

YU YUU' - MUJER SOL

Ilustraciones

Brenda Marián Castillo Ruíz · Ariadna Lisset Montes López





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de
Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Yu yuu' - Mujer sol

(Chinanteco)

Grecia Viridiana Avín Hernández

Ilustraciones

Brenda Marián Castillo Ruíz
Ariadna Lisset Montes López

Corrección de estilo

Leslie Aleida Ibarra Gómez
Andrea Sánchez Zamora

Diseño editorial

Paola Lizbeth López Arias

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022

8M



Índice

Introducción **01**

Nuestra
oportunidad **16**

Desde la raíz **42**

03 Dar el paso

30 Sí se puede

56 Un canto
entre los árboles

Introducción



Aproximadamente el 59% de las mujeres indígenas ha vivido algún tipo de violencia (emocional, sexual, económica, discriminación laboral o patrimonial).

El Día Internacional de la Mujer se conmemora desde los inicios del siglo pasado, cuando un grupo de mujeres trabajadoras de la industria textil alzaron la voz para exigir condiciones de trabajo dignas. Cada año, el movimiento crece y son más las mujeres que salen a exigir igualdad de género y reclaman por participación y liderazgo.

Yu yuu' cuyo significado es ***Mujer sol*** en la lengua chinateca, es una recopilación de cinco historias del empoderamiento de

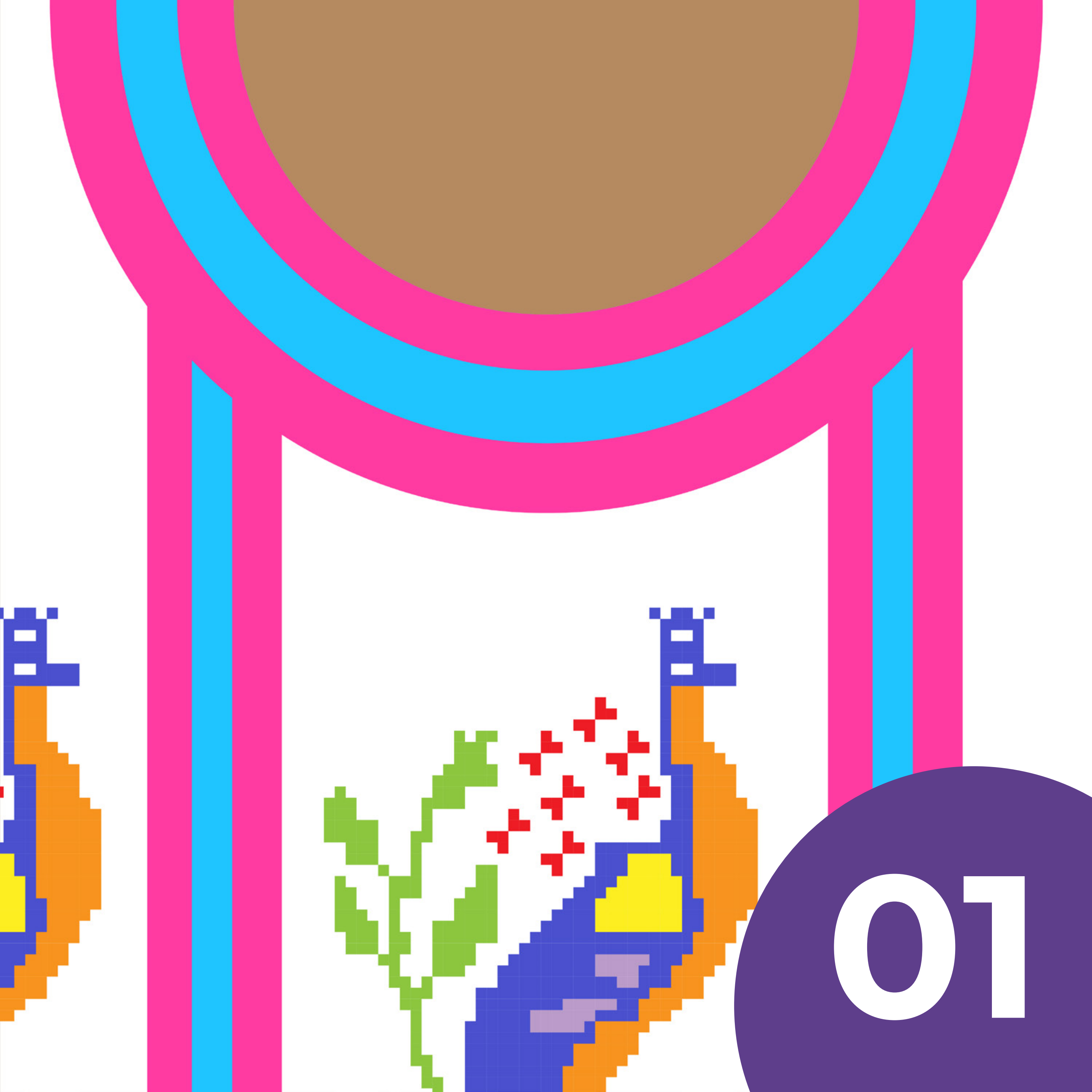
mujeres indígenas, en las que nos comparten su vida en sus comunidades, las vemos con los problemas que las rodean de forma cotidiana y la forma en la que los enfrentan.

Debemos seguir alzando la voz para que las situaciones de discriminación ya no sean normalizadas en la vida de las niñas y mujeres indígenas, visibilizar la desigualdad que aún viven.

“ *No estoy aceptando las cosas que no puedo cambiar, estoy cambiando las cosas que no puedo aceptar.* ”

— **Angela Davis, activista.**

¡No estamos solas!



01

Dar el paso

Recuerdo muchas formas, muchas figuras, todos los colores del arcoíris y un canto a lo lejos. Recuerdo a mi mamá sentada, preparándome mi huipil para una fiesta. Ella me decía que para la otra ocasión, me tocaría hacer el mío.

Me emocioné mucho y, desde ese día, agarré mi cuaderno y comencé a dibujar las ideas que quería bordar en mi nuevo huipil. Iba a explorar los alrededores, me encantaba ver los árboles y los ríos. Lo que más me gustaba eran las aves y los pájaros, me

volví una experta en hacerlos con el paso de los años. Cómo me gustaba dibujarlos.

Un día, iba caminando con uno de mis huipiles favoritos y noté que unas personas me estaban siguiendo. Eran unos hombres como de mi edad y comenzaron a molestarme. Uno me empujó y yo les pedí que se detuvieran, pero seguían diciéndome cosas. Me decían: —“*¿Qué es eso? ¿Qué llevas puesto? Jajaja Muy linda la muñequita con su vestidito. Muéstranos más*”.— Se detuvieron porque llegaron más personas, pero, desde ese día, dejé de sentirme segura al utilizar los huipiles. Ese recuerdo siempre me llega a la mente cuando se acerca la fiesta más grande de Oaxaca.

Mi vecina vino a invitarme a la Guelaguetza, pero le dije que yo no estaba tan segura de ir, porque mi esposo Miguel se había enojado el año pasado porque unos hombres me habían invitado a bailar, ella insistió en que lo convenciera de ir.



También, venía por un chal que me pidió, fuimos a buscarlo pero cuando abrí mi baúl, alcanzó a ver unos de mis huipiles. Quería que se los mostrara pero me sentía incómoda en hacerlo, así que le cambié el tema.

Cuando estaba sola practicaba los bordados, pero siempre los deshacía porque Miguel decía que eso era perder el tiempo. A veces cuando él no se encontraba en casa, continuaba dibujando algunas ideas que se me venían a la mente hasta que escuchaba sus gritos de que ya había llegado:

— ¡¿Dónde está la comida, mujer?!

Miguel antes era un hombre más amable, era lindo y detallista. Sin embargo, cuando perdió su trabajo, se enojaba todo el tiempo. Pensaba que, cuando obtuvo su nuevo trabajo, las cosas volverían a la normalidad, pero no fue así. Regresaba cansado y molesto.

Yo trataba de no hacer nada, para que no se enojara, aunque siempre había algo que lo molestaba. Creo que dejé de esperar a que él cambiara.

El otro día, mi comadre llegó agitada a la casa. Ella venía cuando Miguel no estaba en casa. A él, no le simpatizaba mucho ella, pero a mí, me agradaba que me visitara, porque ya no me sentía tan sola. Aunque ese día, su visita me iba a sorprender con lo que me iba a decir.

Al parecer no olvidó mis huipiles que vio el otro día y me explicó que conoció a los organizadores de la fiesta y necesitaban a alguien que hiciera los huipiles. Así que ella me recomendó.

Al principio no quise, porque tenía mucho tiempo que no los hacía y a Miguel no le gustaría la idea. Ella siguió persuadiéndome, diciendo que yo era muy capaz, hasta me ofreció su casa

para que no hubiera problemas con Miguel. La verdad era un honor poder representar a mi pueblo, San Miguel Soyaltepec, en el baile de la piña. ¡Era un sueño hecho realidad! No tardé en aceptar.

Al momento de llevar mis huipiles, decidí llevar también mi cuaderno. Tenía mucho miedo de mostrarlos, por lo que fueran a decir. Pero les gustaron mucho y recibí varios encargos. ¡No me sentía tan bien desde hacía mucho! Gracias a mi comadre, pude trabajar en su casa, y a ella también le fui enseñando cómo hacerlos, y pareció gustarle mucho.

Pasaron los días y terminamos todos los huipiles; estaban listos para los ensayos finales y para la fiesta. Aún no sabía si podría ir, pero ese día, estaba decidida a hablar con Miguel para convencerlo de que fuéramos, aunque sea para ver mis huipiles en el baile.

Al llegar a la casa, él ya estaba ahí y no tenía buena cara. Me preguntó qué en dónde estaba y qué había estado haciendo durante los últimos días. Él sabía que no había estado en casa, traté de explicarle, pero no me creyó y me dijo cosas terribles.

Él pensaba que había estado con otro hombre. No me dejaba hablar. En un momento volteó a verme y lo vi; sus ojos estaban llenos de furia...no recuerdo mucho de lo que pasó después. Sólo recuerdo que me agarró fuerte de los brazos y comenzó a gritarme, hasta que mi cabeza dio con algo y cerré los ojos.

Mi comadre se había ido porque le había pedido que entregara los huipiles. Esperaba que ella no me visitara ese día, pero supongo que ese día llegó, para contarme lo contenta que había estado la gente de ver los diseños; yo no quería salir, para que no me viera de esa manera.

Imagino que pensó que no estaba en casa. Al otro día, comenzó a gritar mi nombre y, para el tercer día, escuché el ruido de la puerta y temí que fuera Miguel, que hubiera llegado temprano otra vez. Por fortuna no fue así, era mi comadre y cuando me vio, sólo pasó saliva y me abrazó.

En ese instante, no sabía si alegrarme de haberle dado una llave en caso de emergencias. Pero ahora comprendo, que ese momento era una de ellas. Después de un rato, me dijo...

— ¡Vamos a denunciarlo!

Era la primera vez que hablaba en tres días.

— ¡No puedo! ¡No puedo! Lo hará otra vez, va a pasar otra vez, si voy. No puedo.

— No la voy a obligar a nada, pero, de cualquier forma, va a volver a pasar. No está sola, me tiene a mí.

— No sé cómo, no...

— Un paso es hablar, alzar la voz; yo sé que puede.

— No me deje sola.

— No, vamos, apóyese en mí. Aquí estoy.

Fue difícil el proceso, no lo voy a negar. Miguel fue detenido y yo no estuve sola. Eso fue lo que me ayudó a ir saliendo. Todavía sigo trabajando en sanar.

Después de eso, gracias a mi comadre, pude ir a la fiesta y ver mis huipiles en las muchachas. Se veía que se divertían y esta-

ban muy hermosas. El día de la fiesta, mi comadre me regaló un huipil que había hecho para mí, me sentí muy agradecida al saber que la tenía en mi vida.

Admiré mucho los diseños de las demás regiones. No me había sentido nunca así, recordaba a aquella niña feliz de hacer su primer huipil y me sentí orgullosa.

Durante la fiesta se nos acercó un señor; se veía que era extranjero. Nos preguntó si le podíamos vender algunos huipiles. ¡Me sorprendí! Pero quería que bajara el precio. En eso, apareció una señora y le dijo.

— Disculpe la interrupción señor, pero no puedo permitir que abuse de las señoras. Usted sabe que sus prendas valen mucho, porque cada pieza es única.



El señor se disculpó y se retiró. La señora se propuso ayudarnos a poner nuestro negocio, pero no sabíamos si aceptar. Nos aclaró que ella sólo nos iba a asesorar, si es que nosotras queríamos hacer el negocio. Su trabajo era impulsar a las mujeres a crecer, yo no sabía que eso existía, pero aceptamos.

Estoy muy agradecida de estar aquí y compartirles mi experiencia. Con la ayuda de mi comadre, pude salir adelante, fue duro, pero no imposible.

Sigo compartiendo las historias que me enseñaba mi madre, inspirada en nuestros paisajes, plasmo nuestra historia a través de los huipiles. Cada prenda lleva un nombre de mi lengua materna, el mazateco; que también se los enseño a las mujeres, niñas y niños, que van a nuestro taller de bordado y que seguirán esta hermosa tradición. Gracias por escucharme.



02

Nuestra oportunidad

— *¡Timoitaske!* (¡Nos veremos!) Mi pequeño hogar, pero nunca le faltó amor.

Me despedí por última vez de ahí. Mi mamá y yo nos teníamos que ir porque mi pa' se había ido a buscar trabajo afuera porque ya no alcanzaba para mantenernos, así que nos fuimos a la casa de mis tíos.

Mi tía era una mujer muy hermosa —como mi mamá—. Recuerdo que nos visitaba y siempre jugábamos, cantábamos, y me contaba muchas historias. Dejé de verla cuando se casó y se fue del pueblo, a partir de entonces, sólo iba a las fiestas, pero al verla, sentía que algo había cambiado en ella.

No nos íbamos a ir muy lejos de donde estábamos. Mi mamá me decía que era un lugar muy hermoso llamado Tezonapa, y que buscaría un trabajo para construir una nueva casa, para no molestar a mis tíos mientras regresaba mi papá.

Cuando llegamos, mi tía salió corriendo y nos abrazó, hasta que salió mi tío y le dijo algo que no alcancé a escuchar, mi tía se puso un poco seria y nos invitaron a pasar. Estaba feliz de pasar tiempo con ella, pero la verdad, mi tío siempre me ha dado un poco de miedo, cada vez que lo veo parece molesto por algo, pero nunca he entendido la razón.

Por otro lado, estaba muy emocionada por mi nueva escuela, de conocer a mis nuevos compañeros y poder hacer nuevos amigos, yo estaba segura de que todo iba a salir bien.

El ciclo escolar ya había iniciado, por fortuna me dieron permiso de incorporarme. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo, mientras caminaba con mi mamá y mi tía, las piernas me temblaban un poco, y me sudaban las manos.

Me había puesto mis listones favoritos en mis trenzas y usé el vestido que mi mamá me hizo, era mi favorito. Lo llevé, porque todavía no había conseguido el uniforme.

Pensaba en cómo me iba a presentar, y esperaba que nada se me hubiera olvidado. De pronto, me di cuenta que ya habíamos llegado, y mi mamá y mi tía se despidieron de mí deseándome mucha suerte.

Cuando entré, muchos se me quedaban viendo y sentía que murmuraban algo, esperé que no fuera algo malo. Al llegar al salón de clases, me senté y comencé a acomodar mis cosas.

En un momento tuve la sensación de que alguien estaba a mi lado, volteé y era una niña; le sonreí, pero ella a mí no. Me dijo que ahí se sentaba una de sus amigas, me disculpé y traté de buscar otro lugar.

La niña me señaló una banca hasta atrás. Me fui a ese asiento y noté que la silla estaba un poco rota, pero no había otra, así que me senté y volví a acomodar mis cosas. De nuevo vino la niña y me preguntó de dónde venía, ya que en la entrada me había escuchado hablar con mi mamá y mi tía. Así que le traté de explicar:

— Es nuestra lengua, el náhuatl y lo hablo cuando estoy con mi familia, pero aprendí español en la escuela.

— Aaaah. Pues mi mamá dijo que sonaba raro. ¿Por qué no sólo hablan español y ya?

— Mmmm... porque siempre lo hemos hablado, y mis papás me dicen que es importante.

— Yo no le veo sentido, ¡qué raro! Bueno, ya me voy. Por cierto, qué curiosa ropa, y tus listones parecen como si fueras a bailar algo por la independencia o esas cosas.

Era la primera vez que me habían dicho eso, y me dejó pensativa todo el día; pensé que las cosas no iban a ser diferentes. En donde vivía había más niños que hablaban mi lengua y no me sentía rara.

No comprendía a la niña, ¿qué tenía de malo mi ropa o mis trenzas? Se parecían un poco a los moños que ella traía en sus dos coletas. No entendía muchas cosas.



Tampoco le entendía a las clases, porque ellos ya estaban algo avanzados y me costaba seguirles el ritmo. Cuando sonó la campana de la salida, sólo pensaba en que las cosas no salieron como esperaba. Cuando vi a mi mamá y mi tía, las saludé, ellas me preguntaron cómo me había ido, mentí, les dije que había estado bien.

Los días pasaron y no mejoran del todo, traté de ponerme al corriente, pero era difícil. Nadie se me acercaba, pensaban que era diferente y yo no sabía por qué.

En la casa de mi tía tampoco me sentía del todo cómoda, porque mi tío regañaba mucho a mi tía:

— ¡Tú no haces nada! Yo me mato trabajando y lo menos que espero al llegar es que esté lista la comida ¡Y ni eso puedes hacer! Además, tengo que darle de tragar a dos bocas más.

— Mi hermana está buscando trabajo.

— ¿Qué va a conseguir? Si ni es capaz de hacer algo bien, como tú.

Mi tía siempre andaba triste y yo trataba de consolarla, no sabía que más hacer. Un día le pregunté por qué se había casado con él, y ella sólo me dijo que no fue su elección, pero esperaba que yo sí tuviera la opción de elegir.

A veces, en las tardes me iba a mi lugar especial, lo había encontrado un día que estaba explorando y hallé un río. Al principio olía medio feo y el agua se veía algo contaminada, pero en el fondo, el agua estaba más limpia y clara. Ese se convirtió en mi lugar especial para pensar, jugar y escribir cartas a mi papá. Todavía no sabía cómo enviárselas, pero me ayudaba mucho escribirle, lo extrañaba mucho.

Ya no sabía si continuar la escuela, tal vez no era lo suficientemente inteligente para seguir y no tenía amigos. Pensaba que podría ayudar en la casa con mi tía, para que mi tío no la regañara tanto, o buscar un trabajo, para que mi mamá no cargara con todo. Así que les comenté mi idea:

— ¿Por qué no nos dijiste que te sentías así en la escuela? — preguntó mi mamá preocupada.

— No puedes dejar la escuela, necesitas prepararte, para que tengas un futuro mejor. — insistió mi tía.

— Lo siento si las decepcioné, pero creo que podría ayudar más estando en la casa. Hasta mi tío lo ha dicho. — dije sollozando.

— Mija, no importa lo que él diga, no dejes que se te meta a la cabeza. Nosotras te apoyamos en lo que sea, ya verás que todo mejorará. — dijo mi tía.

Ese día, estaba aliviada por haberles dicho mi sentir. Días después le pedí a la maestra que me ayudara en los temas que se me estaban dificultando y me alegré de que aceptara. Aunque me envió más tarea, pero me sirvió para ponerme al corriente.

Un día que estaba con la maestra, llegaron otras personas diciéndole que tenían que enseñar en la clase un libro sobre una lengua indígena, ella explicó que nadie de los maestros sabía ese idioma. Alcancé a ver el libro y entendí lo que decía, le dije que yo sabía náhuatl, y que mi mamá y mi tía también. La maestra inmediatamente me dijo que quería hablar con ellas el día siguiente.

Así fue, ellas fueron y hablaron con las personas que habían ido con los libros. Luego me contaron todo en la tarde, bien emocionadas:

— ¡Pues sí hija! No sólo ya tengo trabajo, sino que también quieren a tu tía para enseñar nuestra lengua y costumbres, en las escuelas y en todo el pueblo.

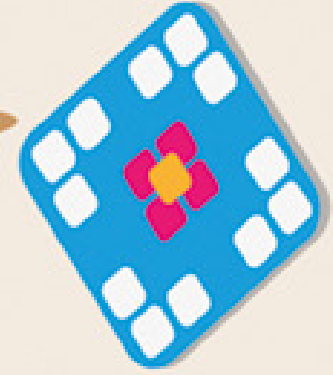
— Yo no sé si pueda... Ya ves cómo se pone mi marido.

— Tú no te preocupes, ya veremos cómo despistarlo. ¡Esto es bueno!

Desde ese momento cambiaron muchas cosas. En los próximos días cuando comenzaron las clases de náhuatl, muchos de mis compañeros se acercaron a preguntarme más, no sólo del idioma, sino de donde vivía. Me sentí cómoda, porque ellos también me contaban las cosas que hacían ahí ¡Poco a poco, todo mejoraba!



Taller de lengua
Náhuatl



Con el tiempo, mi mamá y mi tía siguieron trabajando, enseñando y abrieron nuevos talleres. Mi tía se separó de ese hombre, mi mamá y yo conseguimos algo pequeño dónde vivir, pero lleno de alegría ¡Como mi hogar de antes!

Estoy emocionada de que papá regrese con nosotras para ayudarnos. Lo he extrañado mucho y tengo un montón de cosas que contarle. Al final, todas tuvimos nuestra oportunidad.



03

Sí se puede

¡Hola! Mi nombre es Xilonen -como la Diosa del maíz nuevo y tierno-. Vivo en la Sierra de Zongolica, en el estado de Veracruz. ¿Qué es lo que más me gusta o admiro de aquí? Son muchas las cosas que vienen a mi mente, cuando me hacen esa pregunta.

En lo primero que pienso, es en sus paisajes y en los colores y las texturas que nos brinda la Madre Naturaleza, es tan hermoso. Nunca me canso de verlos, siempre estoy en busca de nuevos paisajes para poderlos apreciar y plasmarlos en mi mente, como

en mi cuaderno. Aunque me faltan lápices de colores para hacerle justicia a aquella vista.

Otra cosa que me gusta es cuando nos juntamos para realizar el *Xochitlalli*. Mi *tajtsin* (mi amado padre) me contó que este ritual se realiza desde los tiempos de nuestros ancestros y que tiene como fin agradecer y pedir por las buenas cosechas del año.

— Vamos Xilonen, tenemos que rendirle culto a nana Tonantzin.

— ¿Dónde está?

— ¿Ves aquel hueco? Es una cueva donde podemos entrar y encontrar mucho acerca de nuestra historia.

Todavía recuerdo la primera vez que me llevaron, la verdad tenía mucho miedo de aquella cueva oscura. Pero en cuanto entré, vi

todo iluminado y hermosamente decorado. Había un altar lleno de flores y velas, en el que la gente estaba rezando.

No tardó mucho tiempo para que yo me sintiera cómoda y segura. Mi *nantsin* (mi amada madre) me ayudó con las oraciones. Cada año lo disfruto mucho, y al mismo tiempo aprendo más sobre mi historia. Pero lo que realmente me gusta de este lugar es mi familia.

Mi *tajtsin* y mi *nantsin*, me enseñaron mucho en este último año. Todo comenzó un día como cualquier otro, mi nantsin estaba preparando la comida, mientras yo me apuraba a terminar la tarea de la escuela para después ayudarla.

Ella decía que era muy importante enfocarse en la escuela y que aprendiera cuanto fuera posible, a ver si en una de esas, obtenía una beca para continuar mis estudios, ya que aquí la mayoría de los jóvenes llega hasta la secundaria.

Le conté que en la próxima clase íbamos a ver las ecuaciones, ella se sorprendió cuando le expliqué de qué trataban, pero siempre me echa ánimo para que siga estudiando. Yo trataba de convencerla para que estudiara conmigo y también le podría enseñar a leer y escribir en español. Pero siempre me decía que ya era muy grande para aprender esas cosas.

Ese día mí *tajtsin* tardó en llegar, mi *nantsin* y yo estábamos muy preocupadas porque él no acostumbraba a llegar tan tarde. Entonces, oímos unos gritos de los vecinos, nos asomamos y vimos que dos hombres lo estaban ayudando a caminar. Cuando entraron a la casa explicaron que lo habían golpeado y también ya habían ido a buscar a un doctor para que lo atendiera.

Lo colocaron en la cama, traía varios golpes y parte de su ojo estaba bien hinchado. Nunca había visto algo así y me espanté mucho. Mi *nantsin*, me dijo que fuera a buscar unas cosas afuera, pero que no me alejara tanto porque ya era de noche.

Al día siguiente, me levanté aún cansada, no había podido dormir bien después de lo de anoche. Iba caminando y en eso escuché hablar a mis *tetajnantli* (a mis padres) sobre lo que había ocurrido: Mi *tajtsin* estaba terminando de acomodar las cosas, cuando llegaron unas personas que se lo querían llevar a la fuerza y como se resistió, lo comenzaron a golpear, fue ahí cuando llegaron las personas a ayudarlo y los otros huyeron.

Por las heridas, el doctor le recomendó reposo absoluto, que no se esforzara. Él estaba preocupado de quién iba a trabajar en el campo, ya que no nos alcanzaba para pagarle a alguien por los gastos del médico. En eso mi *nantsin* dijo:

— Podría hacerlo yo.

—JAJAJAJA ¿Tú? ¿Qué vas a poder?



— ¿Por qué no? He visto muchas veces cómo lo haces. Podría intentarlo y si no, pues ya vemos otra forma, ¿sí?

—¿Segura? Es que está bien pesado... mmm ta'bueno pues, sólo cuídate mucho.

A la mañana siguiente, comenzó la nueva aventura de mi *nantsin*. No es que fuera la primera vez de ella en el campo, pero sí era la primera vez que hacía lo que mi *tajtsin*: cargar y limpiar. -Sólo es trabajo para personas fuertes, por eso lo hacen los hombres.- Eso se lo escuché decir alguna vez a alguien.

Los primeros días de mi *nantsin* no fueron fáciles porque llegaba súper cansada y la gente la criticaba por hacer esos trabajos. En algunas ocasiones, una amiga me llegó a decir que la molestaban mientras trabajaba. Mi *tajtsin* a veces se burlaba de ella y le decía que ya lo dejara, que qué iban a pensar los vecinos, que

era mejor pedir favores. Pero mi *nantsin* no le hacía caso y tampoco a las personas. Ella decía que sí podía.

También fue difícil para mí porque yo le ayudaba en la casa y no quería dejar a un lado mis estudios. Así que, hacía tiempo en la noche. Durante el día realizaba las labores de la casa y cuidaba de mi *tajtsin*.

Pasaron las semanas y mi *nantsin* se acostumbró al trabajo. La gente ahora sólo la miraba; uno que otro le decía alguna cosa, pero ella arregló el campo por su cuenta. Mi *tajtsin*, por otro lado, ya se movía un poco más. Inició ayudándome con algunas tareas en la casa y, al principio, le tuve que enseñar una que otra cosilla en la cocina. También le enseñé a limpiar unas cosas y hasta un día se animó a moler en el metate.

— ¿De qué te ríes? ¿Qué estoy haciendo mal?

—Es que lo estás agarrando mal. Mi *nantsin* dice que “La mujer no debe moler por el frente del metate, pues cuando esa mujer tenga un niño, vendrá de pies”. Lo estás agarrando por la parte baja y es por el otro lado.

— Ah, así está más cómodo. Y, ¿qué pasaría si lo agarraba mal un hombre?

— Mmmm no lo sé.

Cuando llegaba mi *nantsin* del campo y notaba cansado a mi *tajtsin* por moler, se reía.

—Ah ¿Verdad que también es cansado?

Cuando mi *tajtsin* se recuperó del todo, mi *nantsin* lo acompañaba al campo para seguirle ayudando y regresaban temprano



nantsin

tajtsin

porque mi *tajtsin* le había encontrado un gusto a la cocina. La gente lo criticaba, pero un día les dio de probar su comida y les hizo cambiar de opinión.

Seguramente, muchos siguen hablando pero mis *tetajnantli* me enseñaron que no importa la edad, o si eres mujer u hombre, si te propones a hacer un trabajo, lo vas a lograr. Por eso admiro a mis *tetajnantli*.



04

Desde la raíz

Cada mañana me levanto, me baño, me pongo la ropa y tomo mi bebida caliente que disfruto mucho. Es como darme un respiro antes de iniciar un día duro en el trabajo.

La mayoría de las personas hacen lo mismo, todas y todos van con su vaso en la mano, otros llevan hasta seis vasos para compartir en la oficina. Sin duda, en la ciudad hay una cafetería en cada esquina. El café es tan especial y todos sabemos dónde conseguirlo, pero ¿sabemos su origen?

Esa es la razón por la que me encuentro en este viaje, conocer la raíz del café, por eso vine a Oaxaca. Me dijeron que por aquí en la Costa podía obtener información.

— Es un gusto conocerte Itzayana, tú conoces todo sobre el café ¿no es cierto?

— Claro que sí, mi familia tiene algunas parcelas cerca de aquí. La verdad es que, en la mayoría de los pueblos de por aquí hay alguien que lo trabaja. Si quieres mañana te puedo enseñar donde están. ¡Llegas justo a tiempo, porque es temporada de cosecha!

— ¡Gracias! Soy Itzel, por cierto. Nos vemos mañana aquí. Gracias.

Durante el día decidí recorrer el lugar, me encontraba en Santiago Yaitepec. Mientras caminaba, veía a las personas que vendían bolsas, hamacas, blusas, morrales y muchas cosas muy hermosas; llenas de colores y diseños únicos.

Al día siguiente, al encontrarme con Itzayana, observé que traía sandalias y una falda, le pregunté si no le molestaba usarlas, pero ella me dijo que ya estaba acostumbrada. Desde que era niña hacía ese recorrido y la falda no era problema.

Cuando llegamos a la primera mata de café, ella comenzó a utilizar su machete para cortar lo que ya no servía o para remover las hojas, e ir seleccionando las cerezas.

Me explicó que hace un año alguien quería comprarles sus tierras, pero se negaron. Luego, trató de persuadirlos de comprar fertilizantes químicos, pero también lo rechazaron, ya que a ellos



les gusta hacerlo con sus propias manos y con el trabajo de la tierra.

Le pregunté qué era lo que más ayudaba a las plantas, a lo ella respondió que los árboles. También me dijo que hace un tiempo, les habían talado muchos y fueron a pedir a las autoridades que los ayudaran con los recursos para volver a plantar árboles, ya que no había sido culpa de las personas afectadas.

— ¡Entonces los árboles son muy importantes para el crecimiento de la planta!

— Para todo. Los árboles ayudan a la humedad del suelo y disminuyen la contaminación. Es mejor tener árboles que no tenerlos, son parte de nuestra vida y de nuestra tierra. Hay que dejarlos hacer su trabajo y nuestro trabajo es cuidarlos.

Eso último me dejó pensando sobre cuánta razón tenía.

Nos detuvimos en uno de los arroyos e Itzayana comenzó a levantar la basura que estaba a su alrededor, y yo le ayudé. Me explicó que ese arroyo era muy importante para ellos, porque ahí se realizaban sus ceremonias, pero la gente que venía de visita, luego llegaba a comer ahí y no limpiaba.

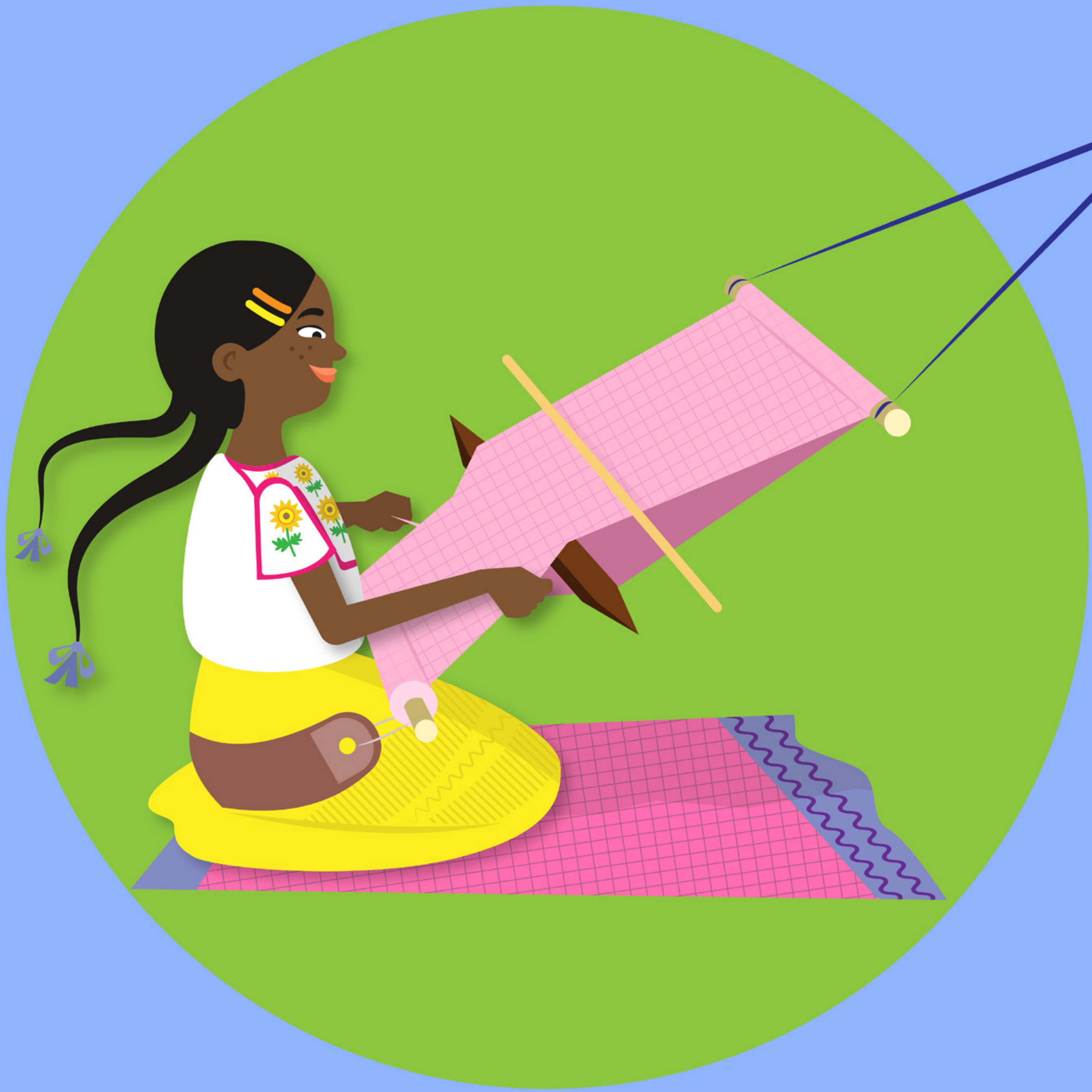
Le pregunté por qué no ponían un letrero señalando que era un lugar sagrado. Me respondió que lo habían hecho pero que, en su opinión, cualquier arroyo, río, lago o bosque, tenía que ser respetado y cuidado como si cada lugar fuera sagrado.

Al llegar a su casa, le comencé a ayudar en la parte que le dicen “proceso de beneficiado húmedo”. Ella usó el metate para hacer el despulpado y ponerlo en su pequeña máquina casera, para así terminar de hacer el proceso. Nos íbamos turnando para girar la despulpadora y, debo decir, que es más cansado de lo que parece.

Después, fuimos limpiando los granos a mano para dejarlos reposar en agua; luego, sacó un gran petate y los colocó para que se secaran al sol.

En ese tiempo, estuvimos hablando de las artesanías que había visto el día anterior. Itzayana quiso mostrarme unos trajes que ella había realizado, tenía un vestido precioso, era una falda amarilla como el sol, y una blusa bordada llena de detalles espectaculares.

He aprendido tanto de Itzayana, me enseñó a bordar con punto de cruz y me mostró su telar de cintura. Al principio se me hizo complicado usarlo, pero, después de un rato, me fui acostumbrando, aunque era muy cansado. No podía imaginar el trabajo que ella realizaba aparte de la cosecha porque también iba al mercado a vender blusas, servilletas, bolsas, manteles y muchas cosas más.



Su mamá también iba al mercado. Ese día, cuando regresó, me la presentó. Fue cuando escuché hablar la lengua indígena, y le pregunté a Itzayana qué idioma era.

— Es *chatino*, mucha gente de por aquí lo sigue hablando, pero, en los alrededores, la gente ya casi no lo habla y sólo aprende el español.

— ¿Qué fue lo que me dijo tu mamá?

— Ja si, dijo: *Taa chaa cua'ya cha njetacui, Tso'o ti' nyala'ma*. Y quiso decir, “disculpa y bienvenida”.

—¿Crees que me puedas enseñar más?

— Claro, cuando te presentas es *Na laca'*, (mi nombre es...) y dices tu nombre...

Me pasé esos días conviviendo con Itzayana y siempre me sorprendía de lo que podía aprender. Un día, fuimos a la cooperativa a dejar los costales y le dieron una parte del dinero y cuando el café se vendía, le daban el dinero restante.

Una tarde pasé por algo de comer, puesto que no estuve con Itzayana porque iba a avanzar con mi trabajo. Durante el camino de regreso al lugar dónde me hospedaba, pasé por la cooperativa donde Itzayana había entregado sus costales y vi que un hombre vendía la misma cantidad a la cooperativa, pero le daban más dinero.

Me acerqué al lugar, comenté que había estado con Itzayana quien le había dado lo mismo, pero le habían pagado menos dinero que al hombre que acababa de irse. Al principio el señor no quiso responderme, pero insistí y me dijo que el otro hombre trabajaba más las tierras y que Itzayana no tenía que preocuparse, porque tenía a sus papás y vendía en el mercado.

¡No podía creer lo que había escuchado! Por suerte, a lo lejos, alcancé a ver a Itzayana caminando y le grité. Se acercó preguntando qué era lo que ocurría y le conté la situación.

— ¿Es verdad señor? Esos precios no estaban cuando venimos. Si mi familia y yo trabajamos la tierra, hacemos lo mismo que los demás y de la misma calidad que los otros ¿Por qué no merecemos el mismo precio que ellos? Voy a ir con las autoridades, para que solucionemos el problema.

— Tranquila no creo que haga falta ponernos así por algo sin importancia, deben tener cosas más importantes que hacer.

Izayana volvió a insistir por el precio justo de su trabajo, hasta que el señor cedió y le entregó el dinero que le correspondía.

—Estoy muy agradecida contigo Itzel. *Xlyá'bee jí'i ma* (muchas gracias).

Al momento de marcharme, yo era quien estaba agradecida por todo. Cuando me despedí de Itzayana le dije que era una mujer muy valiente por defender y luchar por lo que le correspondía. Esperaba que, con mi trabajo, pudiera honrar la gran labor que hacían y contribuir de alguna manera a reconocer a su familia.

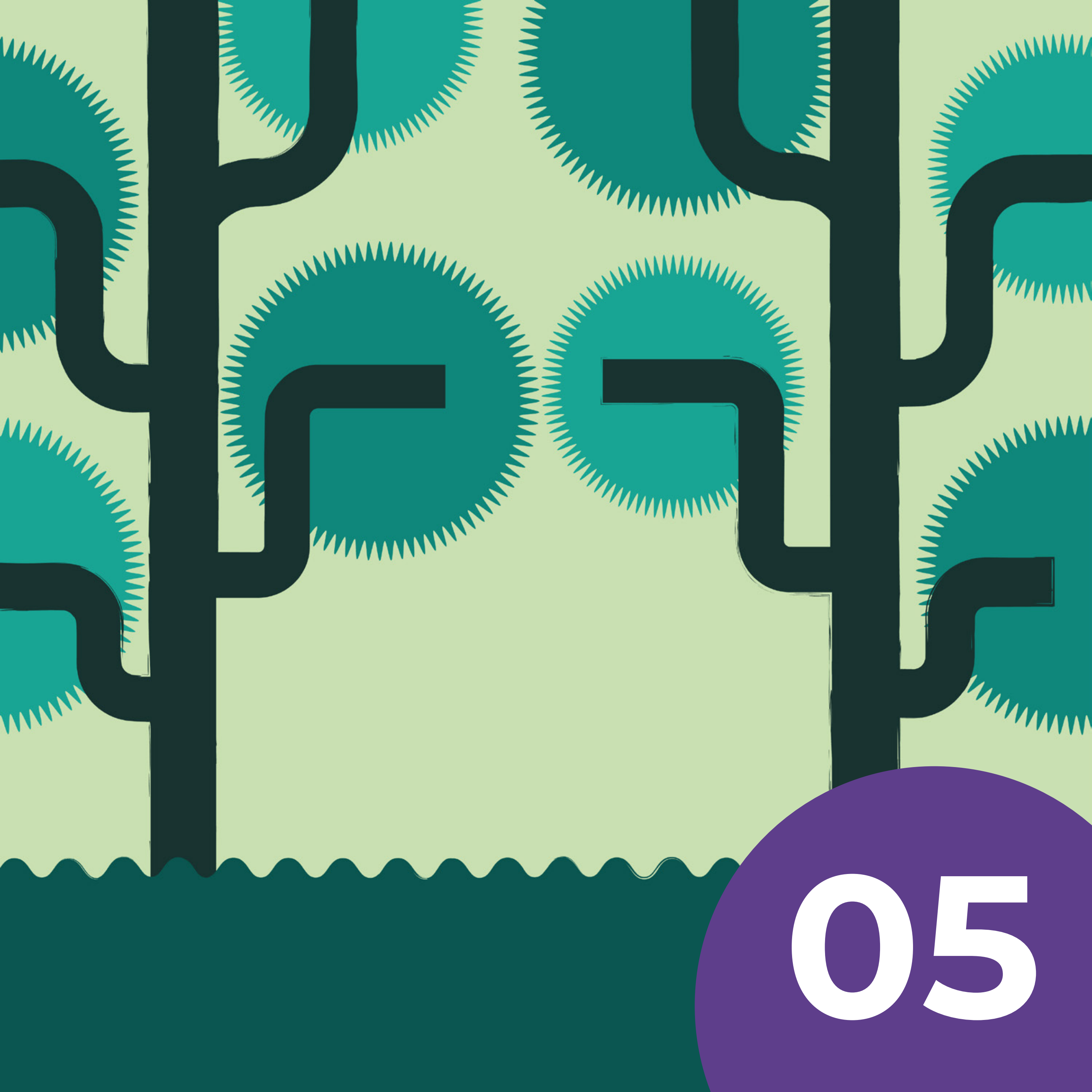
— *Tso' o ti' tya* (¡Que te vaya bien!).

— *Cu tsa'a* (adiós)

Así que, en su siguiente taza de café, los invito a todas y a todos a pensar en el trabajo que hay detrás de esa taza, un trabajo hecho con amor y con dedicación.

En México, hay personas que se esfuerzan mucho y merecen ser reconocidas. Pensemos en el trabajo artesanal que conlleva hacer un buen café, hay que apoyar a nuestra gente y pagar un precio justo.

Tenemos que estar orgullosos de nuestra cultura, no olvidemos que compartimos las mismas raíces y, sobre todo, sigamos compartiendo con amor y con profundo respeto las tradiciones.



05

Un canto entre los árboles

Lo recuerdo muy bien, como si no hubieran pasado los años; cada detalle de ese viaje a Oaxaca junto con mis padres, y cómo olvidarme de la dulce y valiente Chuyém.

Yo estaba por terminar la universidad aquí en la ciudad. Mis padres querían hacer un viaje antes de que comenzara a trabajar y me ocupara más en los trámites de titulación. Al principio no es-

taba tan segura de ir, no quería atrasarme con esas cosas, pero al final pudieron convencerme de que necesitaba un respiro.

Mi mamá propuso ir a Oaxaca, ella siempre contaba buenas historias de cuando fue, por eso mi papá y yo aceptamos. Me sorprendí tanto cuando llegamos, la verdad no era lo que esperaba.

Yo quería relajarme en las playas de Oaxaca, pero terminamos en un lugar muy distinto. De hecho, estaba al otro lado de la playa, en un lugar lleno de montes. Al principio, me sentí decepcionada, no era el viaje que imaginaba, pero mi mamá me explicó que quería que viviera la aventura que ella tuvo en ese lugar. No sé exactamente a qué se refería, pero iba a tratar de disfrutarlo.

No había muchos lugares que visitar. Un día mis papás decidieron quedarse a descansar en el lugar donde nos hospedábamos y yo les dije que iba a salir a caminar, me dijeron que fuera

con cuidado, que no me alejara mucho del lugar. Pero aun así comencé a caminar y caminar, hasta que me encontré un poco desorientada, había perdido el camino y estaba rodeada de árboles.

De repente, escuché a varios pájaros cantar, sonaban un poco raros. Traté de seguir el sonido, pero escuché que algo se movía entre los árboles y me asusté mucho; agarré una rama tirada en el suelo, por cualquier cosa. El sonido se iba aproximando y... ¡Solté un gran grito! Era una muchacha como de mi edad, me dijo que se llamaba Chuyém, le pedí disculpas por haberla espantado. Me presenté y le pedí de favor que me guiara de camino de regreso.

Mientras realizamos el trayecto, me percaté que el ambiente era más silencioso.

— Mmm parece que los pájaros ya no cantan. Suenan algo diferentes aquí, ¿no?

— ¿Pájaros? Ahhh, jajaja no son pájaros, es Adrián mi vecino. Pregunta que si estaba en mi casa. Le voy a responder.

En eso Chuyém silbó y a lo lejos, se volvió a escuchar el otro silbido. Lo que más me sorprendió, fue que ella le había dicho que no se encontraba en casa, simplemente con un silbido. Le pregunté cómo se entendían con eso y me explicó que la mayoría de la gente que vive ahí, hablaba así porque se encontraban a distancias muy largas y era muy fácil de esa manera.

Fue algo que yo nunca me imaginé que ocurriera, claro, en la Ciudad de México también la gente tenía sus modos de hablar, pero esto era diferente.



Me contó una historia de cuando era niña. Su papá estaba trabajando en el campo mientras ella estaba jugando a correr, pero en un momento se cayó y no podía levantarse porque se había lastimado. Ella gritaba, pero estaba muy lejos de él, entonces silbó; su papá le había enseñado ese sonido en particular en caso de que le ocurriera algo, y momentos después, su papá la encontró.

Trató de enseñarme unas frases, como la que usó cuando necesitó ayuda de su papá. Cuando llegué, mis padres estaban preocupados porque me había tardado, les expliqué lo que había ocurrido, pero sobre todo les conté sobre Chuyém, mi nueva amiga.

Al día siguiente, volví a verme con ella para que fuera mi guía del lugar, pero noté que se veía algo preocupada. Le dije que si no se sentía bien podíamos posponerlo para otro día, pero ella insistió en mostrarme el lugar.

Chuyém era muy simpática, y conocía el lugar muy bien. Terminamos por subir un monte, por lo que valió la pena el cansancio, porque la vista era espectacular. Cerca del lugar se encontraba su casa. Chuyém me explicó que vivía sola ya que su papá había fallecido hace poco, pero que habían sido muy unidos, él le enseñó todo para trabajar el campo por ella misma.

Estaba triste ya que uno de sus primos -que no había visto desde hace años- había reclamado una parte del campo y después quiso más. Chuyém trataba de arreglar las cosas, pero solo le ponían peros y cuestionaron su capacidad de trabajar en el campo.

Al momento de escuchar su problema, le ofrecí mi ayuda pues mi mamá era abogada y podría asesorarla. Al principio ella no estaba segura de aceptar, pero al final cedió, quedé de acuerdo en llevar a mis padres al día siguiente, después de eso seguimos practicando los silbidos que me había enseñado ayer.

Al día siguiente, cuando llegamos Chuyém nos dijo que tenía que ir a ayudarlo con algo a su vecina, que regresaría pronto. Mencionó que podíamos quedarnos esperando en su casa o ir a caminar. Yo les quería mostrar el lugar a mis padres, así que fuimos a dar un paseo por allá.

Después de un rato, escuché un silbido, no lo alcancé a percibir muy bien. Sonó otra vez, y otra. Pero, el último silbido fue cortado por algo, supe que era Chuyém, recordé el silbido en mi mente y supe que era el que usó cuando se cayó.

Corrí lo más rápido posible hacia su casa, porque de ahí provenía el sonido, al llegar encontré a un hombre gritándole. Era su primo que había ido para reclamarle sus tierras.



Mis papás lo alejaron de ella y se fue. Cuando Chuyém se tranquilizó, nos contó lo que había pasado, nos dijo que ella iba regresando y vio que él ya la esperaba, comenzó a amenazarla de firmar los papeles para que las tierras fueran suyas pero ella se negó.

— No sé qué hubiera pasado si no llegaban ustedes, gracias.

— Ya estás segura. Gracias a que tuve una buena maestra, porque te escuché.

— Cuando lo vi en mi puerta, supe que era algo malo. Para no levantar sospechas o que él no supiera que pedía ayuda, te llamé. Él nunca aprendió a hablar de esta manera, así que no se dio cuenta.

— Fuiste muy valiente, lo bueno es que llegamos a tiempo.

En esos días, mi mamá la ayudó a que sus tierras por fin estuvieran a su nombre, sin que la juzgaran o le pusieran más obstáculos para poder trabajarlas. Su primo volvió a reclamarlas, pero ella levantó una denuncia en contra por lo ocurrido y se fue de nuevo.

Al final, experimenté lo que mi mamá quería que viviera, pero fue más que eso, me gané a una gran amiga y debo decir que aprendí mucho gracias a Chuyém. Pasan los años y nunca me dejaré de emocionar.

Cada vez que voy a ver a mi vieja amiga, siempre soy recibida por un canto entre los árboles y yo me uno a su canto.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



México, 2022